



## Una Alianza en declive

(Publicado en *Expansión*, el 2 de julio de 2004)

**Florentino Portero**

En letra impresa n° 256

2 de julio de 2004

Durante meses venimos oyendo hablar de la Cumbre de Estambul, la reunión de jefes de Estado o de Gobierno de la Alianza Atlántica. En el marco de la formación del nuevo gobierno iraquí y precedida por las cumbres del G-8 y Estados Unidos-Unión Europea, se esperaban muchas cosas de esta importante reunión. La agenda estaba cargada. Esta veterana organización internacional tiene que ser capaz de ir asumiendo los importantes cambios realizados durante los años en que Javier Solana fue su secretario general: ampliación, asociación con países vecinos, diálogo mediterráneo, déficit de capacidades militares y problemas de interoperatividad entre los ejércitos, gestión de la crisis afgana y

definición de posición sobre la reconstrucción iraquí. La cumbre ha finalizado y los resultados son decepcionantes.

La Alianza nació como consecuencia de la inseguridad que los europeos sentían ante la amenaza representada por la Unión Soviética de Stalin. Estados Unidos no quería ni oír hablar de mantener tropas en Europa y concentraba su atención en repatriar a sus soldados y poner el país a trabajar para recuperar la ansiada normalidad. Sin embargo, las crisis se fueron sucediendo y al final tuvieron que aceptar que la Guerra Fría era una realidad, que la II Guerra Mundial había dado paso a un período no menos peligroso y que era necesaria la presencia

norteamericana en el Viejo Continente. El Tratado de Washington, documento fundacional de la Alianza, era un elemento más, junto con el Plan Marshall y otros, de una estrategia de contención del expansionismo soviético.

Mientras existió la Unión Soviética los estados europeos, con mayores o menores tensiones, reclamaron el compromiso norteamericano, pero tras la caída del Muro de Berlín y la desintegración de la Unión Soviética muchos comenzaron a pensar que la Alianza, el vínculo transatlántico de seguridad, ya no era necesario, y actuaron en consecuencia. Desde la primera mitad de la década de los noventa hablar de la decadencia de la Organización es un tópico entre especialistas, lo peor es que, día a día, se confirma. Las pruebas están a la vista. Las fuerzas armadas de los estados miembros han perdido la capacidad de combatir conjuntamente como consecuencia de las enormes diferencias tecnológicas entre unos y otros. La gran mayoría de los estados miembros, con España a la cabeza, llevan años gastando por debajo del nivel de mantenimiento, por lo que la operatividad de sus unidades se ha resentido gravemente. Cuando, durante la crisis de Irak, Turquía pidió ayuda a la OTAN, Francia y Alemania se negaron a considerar la petición del gobierno de Ankara, lo que fue considerado como una quiebra del principio de solidaridad esencial en toda alianza. Durante estos años hemos percibido cómo, de hecho, la visión de los estados miembros sobre amenazas y estrategias difiere tanto que es difícil imaginar cómo la Alianza puede llegar a ser realmente efectiva.

En Estambul la Alianza ha puesto de manifiesto su decadencia en el tratamiento de dos temas de enorme actualidad. Hace tiempo que los miembros acordaron incrementar su presencia en Afganistán, para apoyar el esfuerzo del gobierno de llevar su autoridad más allá de la capital y poder realizar unas elecciones generales creíbles. En la actualidad la Alianza tiene desplegados en aquel país 6.500 efectivos, la mayor parte concentrados en Kabul. En Estambul se ha aprobado elevar la cifra hasta 10.000, una cantidad que la Organización reconoce insuficiente. La razón de esta falta de apoyo a la reconstrucción de Afganistán es de orden técnico: los europeos carecen de medios para proyectar y mantener una misión de esas características. Mientras tanto, Estados Unidos, con menos población y en torno a 150.000 soldados actuando en Irak, además de otros contingentes repartidos por el mundo, dispone de 20.000 efectivos en Afganistán. Para sortear el problema Rumsfeld propuso el envío de la recién creada Fuerza de Respuesta Inmediata, pero se encontró con el veto francés, con un argumento tan racional como falaz: la Fuerza fue creada para emergencias y éste no es el caso. Tan cierto como que no hay mayor emergencia ni otros contingentes disponibles.

En Irak los miembros reconocen que es fundamental apoyar el proceso democrático y que hay que ayudar al nuevo gobierno a combatir el terrorismo, en la línea con lo establecido por la Resolución del Consejo de Seguridad. Sin embargo, Francia y algunos otros estados consideran inapropiado que la Alianza se haga presente en aquella región y no están dispuestos a enviar unidades na-

cionales ¿Cómo piensan ayudar a combatir el terrorismo y a afianzar el proceso democrático?

La Alianza no sólo está en decadencia, también están siendo socavados sus cimientos con intención de precipitar su ruina. Para algunos estados, con Francia a la cabeza, la Alianza es un instrumento de la diplomacia norteamericana para influir en Europa y, por lo tanto, debe ser anulado. Sin la amenaza soviética la Alianza ya no es necesaria. Es verdad que existen nuevas amenazas, pero, desde su lógica, deben ser respondidas desde la Unión Europea. La Unión está lejos de poder hacerlo, pero, piensan ellos, la crisis de la Alianza precipitará el proceso. Al final la Unión carecerá de los

medios de la Alianza, porque no podrá cubrir el vacío que dejará Estados Unidos, pero facilitará la hegemonía francesa y el desencanche transatlántico, que es de lo que se trata ¿Podrá Europa garantizar su seguridad sin la Alianza? Muy probablemente no. Las enormes diferencias entre las distintas culturas políticas, el déficit institucional, las limitadas capacidades y los graves problemas en el ámbito de la industria de defensa auguran lo peor.

Un nuevo orden internacional está surgiendo y ganan posiciones aquellos que saben lo que quieren, aunque sus objetivos atenten contra sus propios intereses. Y es que los prejuicios a veces ciegan.